

y la capilla mayor de bóveda; el cuerpo de toda ella labrada, el techo con artesones de madera de cedro; el edificio, de cal y canto, bien obrado, con su arquería... El bautisterio es de bóveda, sobre que está fundada la torre superior, que contiene tres campanas grandes y tres esquilonas.»

El P. Alonso de Ovalle dejó también en su *Histórica relación del reino de Chile* (1646) una idea de lo que era antes de esta fecha la catedral de Santiago de Chile. «La iglesia Catedral, que ocupa el lienzo de la plaza que cae al Occidente, es de tres naves, fuera de las capillas, que tiene á la una y otra banda; toda es de piedra blanca, fundada la nave principal de en medio sobre hermosos arcos y pilares, todos asimismo de piedra, de muy airosa y galana arquitectura.»

Otros datos nos da en 1878 el *Tesoro americano de bellas artes* tratando de este edificio, y que por lo equivocado que anda el librito merecen ser copiados. «La verdadera aplicación del arte arquitectónico, dice, sólo tuvo lugar en Chile en 1750, año en que se principió la construcción de la Catedral que hoy existe, y que duró cerca de medio siglo su construcción. Dos arquitectos ingleses fueron los que formaron el plan de este templo y lo dirigieron hasta la altura de cua-

tro y medio metros; pero habiéndose éstos disgustado porque no se les aumentaba los salarios, abandonaron la obra, que fué continuada por los maestros canteros del país, casi hasta su conclusión. En 1786 vino á Chile el arquitecto romano D. Joaquín Toesca, el cual dirigió el frontispicio imitando el de la iglesia de San Juan de Letrán, en Roma. Toesca fué también el que dirigió los trabajos de las iglesias de la Merced, San Francisco, y se cree de Santa Ana.»

La equivocación principal y gruesa del librito está en asegurar que hasta 1750 no se había conocido en Chile la aplicación del arte arquitectónico; si dijera la aplicación churrigüesca, pudiera tolerarse, pues ya antes la habían introducido casi tan recargada y fea los Padres alemanes jesuítas que allá fueron, no muy corrido el siglo XVIII.

Las primitivas que levantaron los jesuítas en Chile eran correctas en su estilo, pobres y severas. La que empezaron en Santiago, año 1605, y terminaron en 1631, fué casi totalmente dirigida por el Hermano Francisco Lázaro, que vino á ella desde Lima, y estuvo reputada por la más bella del reino, aunque de una sola nave. *Suum cuique*.—Qué diga, y con verdad, Barros Arana acerca de los primores germánicos en la arquitectura

eclesiástica, cátele aquí el lector, que está bien dicho:

«Los artífices alemanes, sea por incorrección del gusto, sea por amoldarse á las ideas de la sociedad en que vivían, no adoptaron en sus trabajos aquella grandiosidad y correcta sencillez que admiramos en muchas de las más notables construcciones de carácter religioso. Parecían preferir el recargo de adornos, la acumulación de detalles, que sin duda impresionaba á las gentes de la colonia mucho más que las producciones de un arte verdadero. Las pinturas alegóricas de los techos y los cuadros de historia religiosa que cubrían las paredes, distaban mucho de la perfección artística, pero eran inmensamente superiores á los que se veían en los otros templos de Chile.»

La Catedral de La Paz, que hoy es de hecho la capital del Alto Perú, ó sea Bolivia, fué de buenas proporciones y de elegante aspecto su fachada. Se dió principio á ella el año de 1605, fecha en que se erigió La Paz en obispado. El cronista Mendoza dice que era «edificio ilustre de arquitectura, de piedra, cal y ladrillo, con bóvedas de lazeria», el cual adelantó mucho el obispo don Antonio de Castro, dando dinero de sus rentas y ayudando también á concluirlo algún subsidio

que otorgó S. M. Es edificio de tres naves, al que dos elevadas torres y su elegante cúpula dan, dice, buen aspecto.

Si las catedrales del virreinato no pasan las mejores de medianas, no obstante los ingentes gastos que en ellas se emplearon, de otro modo se ha de sentir acerca de las iglesias propias de las Ordenes religiosas. No eran, ni podían ser todas suntuosas; perolas de Lima, el Cuzco, Quito, algunas de Santiago de Chile, de Trujillo, La Plata, etc., son verdaderamente magníficas, y sobre magníficas atrevidas, dada la frecuencia de terremotos que se experimentan en aquellos países y los estragos que han causado en la generalidad de ellas.

Madrid no tiene, ni creo que haya tenido nunca, iglesia que supere en área á la Merced, San Francisco ó San Agustín de Lima, ni acaso á la de la Compañía de Quito ni á la del Colegio máximo de Santiago de Chile; y si afirmo que tres ó cuatro de las del Cuzco se hallan en igual caso, creo afirmar lo cierto. La iglesia circular de San Francisco de esta corte, la de San Francisco Javier de los Padres de la Compañía, sita en la calle de Toledo, y porque sí transformada desde los días del señor D. Carlos III en San Isidro, y el machucho templo de Santo

Tomás de la calle de Atocha, que ya no existe, y sobre cuya área se está edificando la parroquia de Santa Cruz, no superan á las dichas, aunque les irán muy cerca.

Pero como no es lo grande, materialmente tomado, lo que avalora las obras de arquitectura, veré de decir alguna cosa siquiera de las iglesias verdaderamente hermosas, devotas y recogidas, que son las dotes de que deben estar adornadas las casas del Señor, y que no faltan en ninguna iglesia de las levantadas por los españoles en América.

En el Cuzco eran cuatro las iglesias que llamaban la atención por la solidez y elegancia de su arquitectura. La de Santa Clara, de Religiosas franciscas; la de Santo Domingo, San Francisco y la Compañía. Los datos que doy de las tres primeras están tomados de la Memoria del Dr. Vasco de Contreras, inédita acerca de buena parte de lo concerniente á la materia eclesiástica que contiene, como ya lo hice notar en otra parte, y lo dicen las *Relaciones geográficas* publicadas en 1881 por el Sr. Jiménez de la Espada.

De Santo Domingo escribe: «Derribado el primer templo que los Dominicos tuvieron en el Cuzco, levantaron otro en el mismo sitio, poco después de las conquistas, de tres naves de piedra labrada de sillería, de mu-

cha hermosura y arte, cubierto de bóveda, que costó más de cien mil pesos, con ricas capillas y retablos dorados.»

Acerca del convento de Franciscanos y de sus iglesias, pone la relación lo siguiente: «El convento de Franciscanos del Cuzco, tenido por el mejor del reino, tiene dos claustros seguidos y continuados, muy grandes, de corredores altos y bajos, de arcos de piedra y ladrillo; en medio de cada uno una fuente y muy curiosos verjeles. La iglesia es de tres naves, de piedra de sillería.»

Añado ahora lo que dice de Santa Clara, porque ayuda á conocer el gusto del país acerca de los dorados en las iglesias: «Santa Clara es iglesia de piedra de sillería cubierta de bóveda curiosamente labrada, muy adornada de ornamentos, ricos blandones de plata, colgaduras y pinturas curiosísimas, dorados los techos y las cornisas del templo.»

Del templo de la Compañía creo bastará decir que, según no pocos, es superior al de Quito.

Tres iglesias de esta ciudad, fuera de la que sabemos tenían muy hermosa los jesuitas, son dignas de mencionarse por su arquitectura y por lo que amplían las noticias dadas anteriormente acerca de la pintura y escultura. La de la Merced «que es de cal y

5525

canto con artesones dorados de madera, retablo grande con imágenes de pincel al óleo...; en medio la sacratísima imagen de Nuestra Señora, de piedra, muy milagrosa. El claustro primero alto y bajo es de arquería, pilares de piedra, todo de cal y canto, con imaginería traída de España de la vida de San Pedro Nolasco, curiosa pintura, etc.»

La misma relación de donde hemos copiado el párrafo anterior, que está en la Biblioteca Real, dice de los templos de San Agustín y Santo Domingo, y es de mediados del siglo XVII: «Esta iglesia (de Santo Domingo) se fabricó más ha de cuarenta años, enmaderada de cedro y artesones, buen labrado, toda la cubierta dorada y pintada de imágenes al óleo, de curiosas hechuras..., con crucero en la capilla mayor, con gran arte y bien dispuesto.»

Y de la de San Agustín dice: «Es toda de bóveda, de tres naves. La capilla mayor contiene retablo grande de imaginería traída de Roma por el Padre Maestro Fray Gabriel de Saona.»

Por las actas del Cabildo de La Paz, manuscrito que está ahora en el *British Museum*, consta que el segundo templo levantado en dicha ciudad por los conquistadores en 1549 fué el del convento de San Francisco,

que tomó por título «Nuestra Señora de los Ángeles de la ciudad de La Paz».

«El sitio,—dice el cronista Mendoza,—es de lo más sano de la ciudad, á la ribera del río, con una hermosa puente de cal y canto que hizo el convento para el pasaje y comunicación del pueblo, por estar retirado de él al Sud... La iglesia llana á lo antiguo, de sólo una nave cubierta de madera labrada, y dos capillas colaterales... La sillería del coro es toda de madera de cedro labrada medianamente... Tiene en la mitad del claustro, en medio de una arboleda, una fuente de alabastro y muy devotas pinturas de la vida de nuestro Padre San Francisco, etc.»

D. Nicolás Acosta, en su *Guía del viajero en la Paz*, añade: «¡Cuán distinto es hoy el templo y el convento! Este magnífico y esplendente edificio, de orden toscano perfecto, se construyó en el mismo lugar que el antiguo en muchos años de perseverancia á esfuerzos de los donativos públicos, y muy especialmente á las grandes sumas que dió el célebre y rico minero de Araca, D. Diego Baena. La iglesia, toda de piedra labrada, tiene tres naves; en ellas, en el presbiterio, como también en el refectorio del claustro, se conservan magníficos lienzos de Tintoreto, Herrera, Rubens y Murillo.

»El no haberse aún acabado (1880) las dos torres, es causa de que no luzca su soberbia fachada.»

Hay en diversos lugares inscripciones que marcan el progreso de la obra: verbigracia, en la cúpula: «Se acabó esta media naranja N. J. Año de 1753.» En la bóveda del coro: «Se cerró esta iglesia siendo guardián el Rdo. P. Fray Cristóbal de Rivas, rector jubilado, á 27 de Octubre de 1772.» Consagró este templo en 1778 el Ilmo. Sr. D. Gregorio Francisco de Campos.

Si las iglesias de las Órdenes religiosas eran, repito, suntuosas y bellas en las capitales dichas, es prudente, con todo, desconfiar un poco de las alabanzas con que los respectivos cronistas las ensalzan, y más que un poco de las que, en lo que á la arquitectura toca, dan á los patios y corredores de sus conventos. He visto un regular número de ellos, y á la verdad sólo me merecen el calificativo de buenos el de San Francisco de Quito y los primeros de Santo Domingo y San Francisco, de Lima; la escalera grande de la Merced, también en Lima; la portada de esta iglesia y la de San Agustín, y sobre todas la de la Compañía, en Quito, que es lo mejor que en América he visto en su clase.

Ya que de prudentes desconfianzas hablo,

no perderá nada el lector en aumentarlas cuando lea lo referente á la arquitectura eclesiástica de Chile, tomada en general. Los historiadores religiosos de aquel país, que son los que tratan con más espacio estas cosas, suelen engrandecer, por cortesía, lo ajeno, y por natural afecto lo que les era propio.

Entre los engrandecedores de lo ajeno pongo en primer término á nuestro P. Ovalle, chileno, para el cual todo era digno de memoria siendo cosa de su patria, «por el generoso amor que la tenía», como para disculparlo dice el Sr. Barros Arana, historiador criollo, y que, como el resto de ellos, exigen de los españoles (de España) un sumo desamor é ingratitud para la suya. Pues hablando dicho P. Ovalle de los conventos de Santo Domingo, San Francisco, la Merced, San Juan de Dios y San Agustín, los realza en su parte arquitectónica, lo que seguramente estaban lejos de merecer, y así excuso trasladar aquí lo que de ellos dice, tanto más cuanto que son generalidades de mera cortesía.

La reciente *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, obra del P. Francisco Enrich, va á enseñarnos mucho acerca de la arquitectura eclesiástica en esta república, y á testimoniar la verdad que encierran las si-

guientes palabras del Sr. Barros Arana acerca de este ramo de las Bellas Artes:

«La falta de gusto artístico era más visible todavía en la ornamentación interior de los templos, en que se gastaban sumas considerables en alhajas de plata y oro, pero chocantes por su disposición y por su trabajo. El recargo de adornos que los jesuitas habían introducido en todos sus templos, haciéndolos perder la severa sencillez que les imprimía el aspecto de grandiosidad, se había propagado por todas partes.»

Lo cual creo es la expresión exacta de la arquitectura en Chile hasta la fecha de la expulsión de la Compañía en 1767. Desde este año en adelante se han mejorado mucho algunos templos, como lo dice el Sr. Eyzaguirre en su *Historia de Chile*, y de lo cual soy testigo acerca del de Santo Domingo, que vi magníficamente renovado en Marzo de 1864.

Para abreviar esta pesada relación cuanto esté en mi mano, vendré á la iglesia que la Compañía tuvo en su Colegio máximo, que parece fué la mejor de entre las muchas, no malas, que tuvo en aquel reino. Vengo con tanto más gusto á ella, cuanto que de ella puedo dar datos muy concretos, que es lo más de estimar en esta clase de noticias.

Se inauguró la dicha iglesia en 1709, des-

pués de haberse tardado en hacerla, aunque no completa, treinta y nueve años, y gastándose en ella más de seiscientos mil pesos, como en su *Historia de Chile* dice Córdova y Figueroa, ó un millón de la misma moneda si se acepta la autoridad de nuestro P. Olivares.

La iglesia tenía 84 varas, un pie y seis pulgadas de largo, y de ancho 33 varas, en esta forma: trece varas, dos pies y cuatro pulgadas la nave principal: una vara, dos pies y cuatro pulgadas cada una de las pilastras que dividían la nave principal de las dos laterales; cada una de éstas, siete varas, dos pies y seis pulgadas; las paredes, siete cuartas de espesor. Cada nave lateral estaba dividida en cinco capillas corridas, de ocho varas de ancho.

Sobre la primera de cada lado, junto á la fachada, descansaban las torres. Al fin de las capillas, el crucero, del ancho de la iglesia, y luego el presbiterio con un fondo de veintitrés varas. En la nave principal no había coro ni tribuna. Las puertas principales para el público era cinco. Tres que correspondían á las naves, y dos laterales en la cuarta capilla. Toda la bóveda era de cal y ladrillo, airoosamente rasgada en seis partes por costado, para dar lugar á las bovedillas de otras tan-

tas ventanas: cada capilla tenía su cúpula de punto algo levantado, también de cal y ladrillo. En el centro del crucero se elevaba una soberbia media naranja, trabajada con mucha solidez, aunque de madera de alerce, porque este país, tan expuesto á temblores, no permitía otra cosa.

Una graciosa balconada colocada sobre la cornisa embellecía su parte interior. De madera era también el último cuerpo de la única torre de las dos en que debía rematar su fachada; ésta era muy bella para aquella época, aunque no fuese del mejor gusto.

La arquitectura general en esta obra, de orden dórico, era grave y majestuosa, con sus chapiteles y cornisas correspondientes.

Las paredes de la nave principal tenían catorce varas de alto, y siendo la bóveda semicircular, su llave se elevaba sobre el pavimento veintiuna varas. Era la iglesia más suntuosa y de mejor aspecto que había en esta capital. El plano y la ejecución de la obra se debieron á los Padres Francisco y Gonzalo Ferreyra, ambos chilenos.

En Chiloé levantaron también los Padres hermosas iglesias, aunque de madera. Sólo queda al presente la de Achao, que con no haber sido la mejor de todas, llamó hacia 1888 la atención de unos misioneros alema-

nes, que se expresaron de este modo acerca de ella: «La iglesia de Achao es tan preciosa, que en cualquiera capital de Alemania haría buen papel. Ni con 100.000 pesos se pudiera en nuestros días trabajar otra igual. Toda es de ciprés y alerce, con algunas otras maderas para la variedad de los colores; y están estas maderas asentadas sobre bases de piedra en tanta altura que no les llega la humedad del piso. En ninguna parte se echa de ver el menor desplome con tener ya unos ciento treinta años, y es de esperar que durará otros tantos y aun más, sin algún incendio no la devora.»

Tiene esta iglesia unas cincuenta varas de largo, y es de tres naves: la bóveda de la principal, que es bastante ancha, es de estilo arabesco, como también su cornisa; las columnas están rodeadas en espiral, con festones tallados con gran primor. Esta bóveda y los techos de las naves laterales son de preciosos artesonados; multitud de listones, molduras y otras figuras, á cual más curiosas, están repartidas por todas partes, con tan bella armonía, que en ninguna se ve el empalme de las maderas ni la ensambladura de las tablas.

Las maderas conservan su color natural; y así por ser de varias clases, como por su

acertada distribución, presentan una bella perspectiva á los ojos del espectador. Los altares y demás adornos pertenecen al mismo estilo, que es un extremado churriguerismo; pero con tal aire de belleza y con tan prolijas labores, que agradan aun á los que están acostumbrados á ver obras maestras de buena arquitectura.

He dejado para este sitio la descripción que el lector acaba de ver para prueba de lo acertado del juicio del Sr. Barros Arana. Como la provincia trasandina de Cuyo pertenecía civilmente á la gobernación de Chile y á la propia de la Compañía establecida en el llamado entonces reino de Chile, los Padres de la provincia chilena construyeron en San Juan de Cuyo y en Mendoza dos iglesias de mucha mayor elevación que las cisandinas, por creerse aquellos países mucho menos expuestos á temblores.

Quédanos el dar algunos pormenores más respecto de la arquitectura del reino de Quito, y para hacerlo no tendremos más trabajo sino el de copiar á la letra lo que acerca de ello nos ha remitido el Sr. Dr. D. Pablo Herrera, actual vicepresidente de la República del Ecuador, y que con patriótico afán tan provechosamente trabaja en la Antología quiteña. «Aunque la arquitectura no tiene la

expresión que anima y vivifica la pintura, la escultura y la música, se la cuenta entre las bellas artes; pues si no imita, interpreta á la naturaleza por medio de sus formas, que no carecen de cierta expresión ideal é inspiran ya enérgicos, ya apacibles sentimientos.

»En el Ecuador no se ha cultivado la arquitectura como la pintura y escultura; sin embargo, hemos tenido notables arquitectos que nos han dejado obras apreciadas por los más inteligentes en el arte. Nuestros templos y conventos sobre todo, pueden figurar entre los más hermosos del viejo mundo.

»El cronista de Indias califica de muy suntuoso el templo de Santo Domingo, y así lo fué, sin duda, en aquel tiempo. En 6 de Noviembre de 1586 se comenzó la construcción de otro nuevo, por el arquitecto ó alarife Alonso Muñoz.»

A consecuencia, sin duda, de los terremotos sufrió grandes daños y menoscabo, y fué reedificado con variaciones que le hicieron perder una gran parte de su hermosura. Ultimamente ha sido reconstruida la parte interior del templo con buen gusto y belleza.

«El inglés, autor del *Gacetero Americano*, dice hablando de los conventos de Quito: «Estos edificios, consagrados á la Religión,

están decorados con todas las bellezas de la arquitectura, especialmente el de la Orden de franciscanos. Por las proporciones, la disposición de las partes del edificio, el gusto elegante y la ejecución de toda la obra puede compararse con las más raras de Europa*.

»El Sr. Wisse, ingeniero inteligente, celebró el mismo templo, y particularmente su fachada, por la solidez y severidad de sus formas. D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, dicen hablando de este magnífico edificio de San Francisco, que por la belleza de sus proporciones, lo hermoso de toda la obra y la invención puede figurar entre los más bellos edificios de Europa.»

Otros viajeros, entre ellos Mr. Raigecourt, que estuvo en Quito hacia 1831, dice: «Lo que más llama la atención del viajero al entrar en Quito es el prodigioso número de sus conventos, ricos y suntuosos casi todos. El más importante de ellos es el de San Francisco, monumento inmenso y de un orden bastante bello, con iglesia opulenta, al parecer toda recamada de oro. Después de este convento debe citarse el de los jesuitas: la fachada, toda de piedra, es de un trabajo exquisito.»

El P. Tomás Larraín, de la Compañía de

Jesús, varón de claro discernimiento y delicado gusto y antiguo profesor de la Universidad de Quito, dice: «Que en sus viajes por Europa había visto ciudades que en hermosura y lustre hacían inmensa ventaja á Quito, pero que no había encontrado muchos frontispicios ó portadas comparables con la de la iglesia de la Compañía.»

Stevenson, al hablar de los edificios de Quito, dice: «Entre los conventos que llaman la atención se distingue el templo de la Compañía, principalmente su fachada.» Reputa esta obra como una de las más exquisitas y notables por su arte y delicadeza. El pórtico es de piedra, las columnas de orden corintio levantadas á cada lado de la puerta. En el un lado hay un nicho en el cual está colocado el busto de San Pedro, el cual tiene encima una tiara y el cayado, debajo un gallo y, en la parte inferior á éste, la red con algunos pescados. En el lado opuesto se encuentra el busto de San Pablo y debajo de él un lobo que ha desgarrado la piel de un cordero, cuya cabeza está devorando.

»Esta escultura emblemática está trabajada en piedra con tanta delicadeza que admira la destreza y delicado cincel del maestro en el arte. En la fachada hay además otros nichos, á saber: de la Virgen María,

de San Ignacio de Loyola, de San Francisco de Borja, de San Francisco de Regis y de San Francisco Javier.

»Encima de las puertas laterales están también trabajados dos corazones; el uno de Jesús y el otro de María. «Esta bella obra de arquitectura, — dice Stevenson, — fué trabajada por indios bajo la dirección del P. Sánchez, natural de Quito. Mas de la inscripción que está en una lápida aparece que en 1722 el P. Leonardo Deubler empezó á labrar las columnas enteras para este frontispicio, los bustos de los Apóstoles y sus jeroglíficos inferiores. La obra se suspendió en 1725, y la continuó el Hermano Venancio Gandolfi, de la Compañía, el año 1760.»

* Siendo provincial el Rdo. P. José Vaca y rector el P. Miguel Manosalvas, se concluyó en 24 de Julio de 1765, sólo dos años antes de la expulsión de la Compañía de Jesús en los dominios españoles sujetos al rey Carlos III de Borbón.

«El interior del templo es magnífico, dorado casi todo, y según observa el inteligente arquitecto Mr. Reed, no se había dado aún la última mano; pero reconocía el mérito y belleza de la obra y aseguraba que no hay templo igual en Sud-América [Esto es, en la América del Sur.]

»Esta iglesia está construída sobre el mismo plan que la del *Jesús* de Roma, pero con más adornos.»

Creo esté terminado con cuanto llevo dicho lo que respecta á la arquitectura eclesiástica de nuestro virreinato.

Si alguno de los edificios eclesiásticos ó civiles de algún viso se hubiera quedado fuera de esta reseña, puedo asegurar que nada de particular tiene sobre los que aquí se hallan descritos, que son los que mejor pueden dar á conocer el estado á que llegó la arquitectura en el género hasta aquí considerado. Pasamos á otro.

Arquitectura hidráulica.

CANALES.—Los españoles del siglo XVI no se paraban en menudencias. La comunicación marítima entre el rico Perú, verbigracia, y la metrópoli, ¿estaba interceptada por el istmo de Panamá ó por el de Tehuantepec la parte occidental de Méjico, ó por otra cualquier porción de tierra más estrecha que el resto del continente, el paso de un mar á otro?

Pues cada alcalde de por allí cerca se convertía en un Lesseps, dispuesto á hacer